

concederle también la vida. Pero Hacem estaba como todos los verdaderos amantes aquejado mucho del mal de los celos, y la presencia de Illán en el palacio, sólo servía para fomentarlos y recrudecerlos. Así es, que apremiaba mucho el Sultán á Mehul para que arreglase la inminente partida de caza con tal que no cayese de ningún modo el joven cristiano en las causas varias que la movían y la determinaban. Mehul siguió las instrucciones dadas por Hacem con la fidelidad y exactitud propias de un verdadero siervo y tales trazas y tales mañas supo darse para cohonestar el debido arreglo, que no infundió en el joven cristiano, completamente deslumbrado, sospecha ninguna de que pudiese allí tratarse únicamente su propia libertad.

## CAPÍTULO VIII.

Los libertadores forzosos de Illán habían arreglado la caza en tales términos que á la primera salida no se verificase ni se pudiese verificar la fuga, con ánimo y objeto de quitar al caudillo cristiano toda sospecha. Pocos pueblos presentan las cacerías y las cazas tan ordenadas por la costumbre, como el pueblo musulmán. Todo cazador debía purificarse allí para emprender una partida verdadera de caza. En medio del tumulto que trae consigo esta batalla con los animales, guardaban los respetos debidos á las diversas jerarquías, y ningún subordinado se hubiese atrevido á disparar sus arcos ó sus arcabuces antes que los superiores en mando, y ningún joven tampoco antes que los viejos. Las insolencias y las jactancias estaban prohibidas, porque, según los dichos de sus doctores, al valor le sienta como á ninguna otra cualidad en el mundo una corona de modestia. Todo valiente debe guardar un

corazón tierno como los enamorados en la paz, y en la guerra un corazón de pedernal. Mehul, siguiendo estas antiguas tradiciones árabes, mandó á todos los cazadores, muchos en número, para cubrir apariencias y mostrar cuánto celaban al preso, mandó que nadie se adelantase á tirar, debiendo todos á una conceder preferencia incontrastable al cautivo, elevado casi á la categoría de huésped. Aparejóse todo lo necesario: sal, agujas, parrillas, asadores, calderas para condimentar las viandas esperadas, pues en toda verdadera cacería se alimentan los cazadores de aquello que cazan. Vistióse Illán como sus huéspedes quisieron, pues por todo pasaba con tal de proporcionarse la deseada fuga. Un traje de seda color de rosa, una túnica blanca, un peto argénteo, un casco férreo y damasquinado, dábanle marcial aspecto, como el apuesto de los caballeros mozárabes que, guardando todas las creencias católicas en su pecho, vestían á la usanza mora. En todo se mostraba su arte y su educación militar; en lo ágil, en lo apuesto, en la destreza para dirigir un caballo, en el manejo de los arcos, en la puntería certera, en la seguridad infalible de tocar con sus dardos el buscado blanco. Al momento de salir Mehul para continuar guardando todas las apariencias, propuso que nadie se apartara del grupo, á fin de que no le sucediese lo que al califa Ilichan, quien separado una vez de los suyos y errante por los oasis, topó con torvo beduino resuelto á matarle; ó lo que le sucedió al rey

Akraf cuando se quedó solo y armado por todo pertrecho de un palillo de tambor allá en Turutjá. La cacería se verificaba en sábado, como era de rúbrica en los árabes, según las lecciones y advertencias del gran legislador de la caza, Mahomet el Mangali. Los domingos eran para los árabes los días de comenzar todas las construcciones y todas las obras, porque Dios comenzó á extender los cielos en domingo. Los lunes para los viajes, los martes para las sangrías, los miércoles para las demás medicinas, los jueves para los negocios, los viernes para el amor. En la caza debía huirse de la estrella Kionan, ó sea el planeta Saturno, estrella nefasta en la religión koránica. Todos estos augurios tuvo en cuenta Mehul para que fuese más propicia, fecunda y divertida la cacería dada en honor del cristiano Illán.

Eran de ver los cazadores adiestrados con toda ciencia, los monteros ceñidos con sus largas trompetas que les daban como serpientes de metal vueltas varias por todo el cuerpo, losalconeros con sus aves de rapiña en el hombro unos y otros en las manos, los caballos que piafaban orgullosos y movían sus cabezas con verdadero arte, los perros, de gruesa cola y ojos centellantes como el fuego, muy alimentados con harina de maíz y leche, muy dispuestos á perseguir la caza y traer las piezas obtenidas al pié del cazador. Mehul fué todo el camino encareciendo á Illán como buen árabe las ventajas de una cacería en África ó en Asia sobre una cace-

ría en Europa. No hay para qué decir cómo pintaría las ligeras gacelas perseguidas por los caballos del desierto y por los perros en tumulto; cómo encarecería el combate con los terribles leones, perseguidos muchas veces á pié por los más bravos y más arriesgados cazadores. Para cazar los tigres expresó los varios métodos usados entre las tribus nómadas, caza muy requerida entre los árabes, porque los sesos de tigre curan las enfermedades á la vista. Los cazadores de hienas en el Oriente saben que se puede penetrar hasta en sus cavernas y sorprenderlas hasta en el sueño con solo decir en voz alta estas palabras cabalísticas: «Duerme, la madre de Omar.» Los árabes aprecian mucho tal caza por creer que quien lleva una lengua de hiena en la espalda, fácilmente se libra de la mordedura de los perros.

Naturalmente, no hallándose los cazadores en los territorios donde tales cazas son posibles, tenían que resignarse á la persecución del ciervo, del gamo, del lobo, del jabalí, de los animales frecuentes en la Sierra Nevada. Para cazar el astuto lobo inventaron una industria muy singular, la de abrir hondas zanjas en tierra, ocultarlas con ramajes, y sobre los ramajes poner luego un cabrito, un borrego, cualquier otro animal que pudiera traer la deseada presa, que lanzándose con furia sobre su cebo, se precipitaba y caía en el hondo de la tierra, y se entregaba así al apresamiento predecesor de la muerte. Los árabes creen que colocada la cabeza de

un lobo en lo alto de un palomar, jamás les acontece á las palomas daño ninguno. Igual empeño pusieron todos á una en la caza del jabalí, menos traidora que la caza del lobo y mucho más alegre. No quedaron las alturas en paz. Águilas vigorosas lanzaron á los aires para que les trajesen á las manos presas varias de inocentes pájaros. Mehul dió los consejos debidos á los cazadores, á fin de que no les sucediera el caso de Nazar el Curdo, que se vió en trance de muerte y á punto de ser perseguido y devorado por el águila que adiestraba él para perseguir y devorar á los pajarillos. Para que las águilas soltasen sus presas había necesidad de mostrarles una cabeza ensangrentada de corderillo recién muerto, cebo atractivo para su hambre voraz. Llevando águilas que solo se usaban raras veces y en cacerías excepcionales, no se necesita decir cuántas clases de halcones llevarían, cuando tan usadas eran estas aves de rapiña, lo mismo en tierras moras que en tierras cristianas. Veíanse halcones de Kibadjá, guardados tan solo para los reyes y príncipes, que suelen usarlos en cacerías de primer orden, pues su hermosura no puede compararse sino con su fragilidad y con su delicadeza, mostradas en aquel plumaje rojo y oro que le da el aspecto, como dicen los poetas orientales y han copiado algunos españoles, el aspecto de ramillete con alas. Además de tal especie soberana, los había roumeas, menos estimables por su corto aliento; francos, de muy difícil domesticación; der-

venienses, cuyos ojos brillan como centellas, cuyos plumajes como regios mantos, y cuyas garras como si fueran de nácares ó perlas. Todos estos animales por los aires, pendientes de lazos y cintas y cordones, en compañía de los caballos que piafaban, y de los perros que ladraban, y de los monteros que tañían los diversos instrumentos adscritos á sus respectivos oficios, y de los lobos que aullaban, y de los jabaltes que gruñían, formaban el disorde concierto que tanto anima los bosques y las selvas en los encuentros y en los empeños de caza.

Mehul miró á la salida muy de mañana el cielo; y como la estrella matutina brillase mucho anunció abundante caza. También miró conforme se iban acercando á Sierra Nevada el lado de la montaña que tenía más nieve y como fuera el Norte, sacó de tal pronóstico abundancia de caza. Al acercarse á una presa columbró un buitre, y el vuelo de tal pájaro le dió también favorables presagios. Además llevó la conversación de manera que solo se pronunciaran los nombres conducentes al completo logro de la fiesta. Y dijo, sacándolos de la misma conversación el de Salah ó pacífico, Mansur ó victorioso, Muvarek ó bendito. A este fin refería Mehul cómo el gran fundador del Imperio Abasida no mandaba por sus montesinos, por sus cazadores, por sus halcones cuando salía de caza sino después de haber preguntado al primer viandante cómo se llamaba. Si éste por casualidad le contestaba con cualquier nombre propicio, seguía su camino, pero

si le contestaba con cualquier nombre adverso y nefasto, dejábalo en seguida por la seguridad que tenía, según las palabras koránicas, de cuán estrecho es el nudo que ata y ciñe los acaecimientos prósperos con las palabras felices. Hé ahí, pues, porque Mehul dijo todas las fórmulas y procuró todos los augurios que podían prometer una caza feliz.

La montaña, sus desfiladeros, sus cumbres, sus majestuosas proporciones, el aire purísimo embalsamado con esencias campestres, los arroyos que de la nieve virgen se filtraban, la esplendente luz en los altos ventisqueros brillantísima y reluciente, lo sano del ejercicio vigoroso, lo atractivo del movimiento y del ruido, la carrera de tantos animales, el aleteo y gritar de las aves, el estruendo formidable de los mosquetes, la vibración de arcos y flechas, los clamores, el vocerío de unos, la gritería de otros, los ecos múltiples de trompetas, gaitas, cuernos y bocinas agrandadas por la repercusión de tantos y tan formidables riscos, todo esto no logró distraer ni un minuto la idea de Illán, fija con tenaz fijeza en su fuga y en su venganza. Mil veces miró el camino por donde podía escaparse, y mil veces encontró al completo logro de su intento insuperables obstáculos. Como iba Mehul naturalmente industriado y mucho en el papel cuasi dramático á que le destinaran sus tiranos, el cuidado puesto en impedir la fuga de Illán resultó escrupulosísimo, al extremo de imbuir á este la idea, cada vez más arraigada y firme, de que no se pensaba

por sus detentadores, cualesquiera que fuesen, darle de modo alguno la deseada libertad. Cuando la fiesta se acabó en la cual tomara mucha parte su cuerpo allí presente, pero ninguna su espíritu en otras ocupaciones embargado, mortal tristeza cayó con mayor espesura y con más negror que antes, cuando estaba encerrado, sobre su alma un tanto sombría de suyo por la fuerza misma del cruelísimo desengaño, en cuyas sirtes acababa toda su felicidad de romperse y estrellarse. Volvió, pues, á su retiro con una grande congoja proveniente del dolor que le causaba el desengaño sufrido al no haber puesto en obra la fuga tantas veces ideada y con tanto cariño querida.

Volvió, pues, á la uniforme y antigua monotonía su existencia. El camarín hermoso donde le recluían tornóle á parecer más horrible aún que las mazmorras antiguas, y el mullido lecho donde tendía su cuerpo mucho más duro y repulsivo que la podrida paja. Ninguno de los alimentos con tanta solicitud servidos, se le quedaba en el estómago por los excesos de la hiel estragado. Alguna que otra vez remojaba sus labios en el rojo vino de Andalucía, pero hasta bebida de suyo tan sabrosa le sabía como á vinagre y hiel en sus labios áridos y en su paladar amargado. Mas bien que una persona libre parecía una estatua inerte por lo frío, por lo rígido, por lo inmóvil, por lo silencioso. Jugaba maquinalmente al ajedrez por complacencia con los que iban á visitarle solícitos en su prisión,

pero ni conducía el juego, ni ganaba partida ninguna, sino por la complacencia del jugador que tenía enfrente, y de cuyas combinaciones apenas se curaba en la triste absorción de su espíritu dentro de un solo pensamiento, la fuga impuesta por todos sus deberes, la fuga exigida por todos sus deseos en consecución de dos fines capitales; primero defender su patria, después cumplir su venganza. No sabía el cuitado gentil-hombre castellano cómo tales propósitos concordaban á una con los propósitos de sus carceleros, no lo sabía ciertamente. Mas, como el interés grande aguza mucho el entendimiento, idearon estos repetir tres ó cuatro partidas de caza seguidamente y en la última proceder de tal modo y cubrir con tales apariencias la decretada suelta, que jamás Illán pudiese no ya conocerla, mas ni siquiera sospecharla. Rico Venegas en arterias y ficciones, como buen renegado, trazó el plan de su batalla juntamente con Mehul en condiciones tales, que ni el más precavido, cauteloso, doble y mal pensado, pudiese dar ni con el hilo de la intriga, ni con la trampa final del bien aperejado y bien aparejado desenlace. Veamos nosotros este nuevo caso capital en nuestra historia y contémoslo con la mayor brevedad y concisión posibles.

Hermoso día de caza. Los augurios consultados ninguno tan propicio. Todos los animales reunidos para gran diversión y recreo saltaban gozosos cual si por las venas les penetrase la brillante luz de

una mañana primaveral incomparable. La sinfonía compuesta por los instrumentos de caza, uníase con el susurro de ramajes, manantiales, fuentes, áuras y aleteos. La naturaleza presentábase á fines de Abril con su corona de novia cuyas flores vertían á una mieles y esencias. Por muy entristecido que se hallara el corazón de Illán, aquella exuberancia de vida y aquel fuego de Abril contrastaban por ley natural un poco sus afectos, y si no le devolvían esperanzas y gozos por siempre acabados en los abismos de su alma, rejuvenecían su sangre viciada por el dolor, y facilitaba la respiración á su pecho tan profunda y hondamente quebrantado. La idea de huir al cautiverio y de buscar la libertad poseíale con dominación absorbente y llevábale tras sí con soberano impulso. Mas no podía creer ya que su buena ventura le ofreciese ocasión propicia de huir y escaparse; cuando el número de sus acompañantes y el cuidado con que le acompañaban al fin y al cabo eran obstáculos insuperables á toda tentativa. Corrió la mañana sin que sobreviniese accidente alguno á variar los hechos naturales y las incidencias ordinarias de una partida tal como esta partida de caza. Después que almorzaron, sintiéronse algunos de los caballeros árabes fatigados y trataron de conciliar deleitable sueño sobre la verde alfombra en brevisima fiesta. Nada tan difícil á Illán como dormir, pues las penas de su corazón le tenían condenado á perpetua vigilia, y si dormía rendido por fuerza mayor y en obe-

diencia imprescindible á las fatalidades orgánicas, veíase de continuo su triste sueño interrumpido y cortado por horrosas pesadillas. Así no aceptó la invitación de los jeques granadinos, sus compañeros, á la siesta; y por lo contrario, invitó á Mehul para que recorriesen los sitios cercanos y ojeasen alguna caza. Mehul saludó en su interior calladamente aquella invitación como el medio más propicio y seguro de acabar la industriosa comedia con tanta arte urdida y disponer la fuga del cautivo. Emboscáronse, pues en alas de sus alígeros caballos que volaban como el viento por cañadas hondísimas abiertas en las plantas del solair de la nieve y dejaron muy atrás, pero muy atrás, toda su comitiva. Cinco jinetes iban y en profunda hondonada se habían metido. Altísimas peñas formaban como paredes ó muros á un lado y otro del estrecho valle por cuyo fondo corrían arroyos recién destilados de las nieves buscando su río y sombreados por adelfas, cañaverales y tarajes. Nada tan solitario y apartado del mundo como aquellas inhabitadas orillas de soberbios torrentes despeñados por pedregosos lechos. Las águilas de vez en cuando formaban círculos en las alturas etéreas, las garzas, de árbol en árbol saltaban, y por los suelos corrían las liebres y conejos. Pero la soledad y apartamiento del mundo habitado hacían aquel sitio muy propio tanto para emprender fácil fuga como para ocultar al fugado. Véalo así, con la vista fija en su propósito y en su pensamiento Illán, però todavía duda-

ba por justo recelo á traicionar y perder á los mismos traidores contra él y formidables enemigos suyos. Dolíale allá en su alma la probabilidad muy calculable de un castigo procurado á Mehul cuando tantas distracciones Mehul por su parte le había procurado á él. Mas también parecíale duro y muy duro subordinar á esta consideración personal su libertad y lo que buscaba con mayor viveza en aquella libertad, el holocausto de todo su sér á la patria y la satisfacción de su venganza. No hay acción humana fuera de aquellas desinteresadísimas y puras, no hay acción humana en la política y en la guerra que se liberte y exima de favorecer á uno y dañar á otros por ley natural. Estaba en guerra con los árabes y Mehul debía resultar víctima primera en tal porfía. Ya iba precipitándose Illán reflexivamente hacia la resolución de apretar con sus espuelas al caballo los hijares y ponerse con prontitud en cobro ganando la más cercana frontera como Dios le diese á entender, cuando un accidente imprevisto por él, pero arreglado con grande anticipación por Mehul, vino á darle completa libertad y á desenlazar aquel intrincado drama.

Las gargantas de Sierra Nevada se hallaban á la sazón llenas de bandidos, los cuales merodeaban por aquellos valles y descendían de vez en cuando á la llanura para depredar las propiedades ajenas y secuestrar las personas libres. Naturalmente aquellas partidas huían á los cazadores y á la caza cuando eran verdaderas y verdaderamente podían

temer á la justicia, no cuando eran falsas como la que había urdido el joven árabe para descargarse de la pesada carga del joven cristiano. Componíase la ficticia partida, que debía secuestrar á Illán, de domésticos del mismo Mehul disfrazados y enmascarados en términos de que no pudieran conocerlos ni la madre que los parió. Habíase cabalgado mucho y muerto á caballo muchas piezas cuando llegaron á una hondonada circular, en forma de sarten, cuyo rabo era la misma estrecha calzada por donde habían allí penetrado. La frescura del sitio, después de los calores pasados en las cuestas y repechos sobre los cuales caía y rebotaba un sol abrasador, prestaron á los cazadores el natural propósito de quedarse allí para descansar un poco á la sombra y tras el descanso beber agua fresca y pura de aquellos corrientes y rumorosos manantiales. Cuatro jinetes iban tan solos por tales sitios en aquel momento, Mehul y dos compañeros suyos con Illán. Desmontó este primero que todos, y poniendo sus rodillas en el suelo bajó la cabeza para beber en la linfa del arroyo. Apenas acababa de desflorarla, cuando se oyeron unos clamores grandísimos acompañados por nutridas y resonantes descargas. Los tres compañeros de Illán que no se desmontaran como este, huyeron á uña de caballo y los recién venidos se lanzaron sobre la persona del cristiano como las aves carniceras se lanzan sobre sus presas. Condujeron, pues, desde allí el secuestrado á una hondísima caverna y represen-

taron con exactitud admirable la ensayada comedia de resolver y decidir su muerte para ganar como buenos musulmanes favor en el juicio de su Dios y puesto en el Paraíso de su Mahoma. Según unánime convenio, Illán debía morir en la mañana del día siguiente. Condujéronle pues muy amarrado á próxima caverna y guardáronle allí tarde y noche. Illán creyó en su natural formalidad verdades las ficciones, y se dió por muerto. Pero no hubo de notar que los bandidos se guiñaban de vez en cuando el ojo y se sonreían con cierta irónica sonrisa. Unos se encargaron del jinete y otros del caballo cuidando á éste mucho mejor que á aquel. Y en efecto, llegadas las altas horas de la noche, todos se durmieron en la caverna y el joven cristiano pudo salirse de allí á hurtadillas. Si meditara un poco, extrañará mucho de hallar á la boca del sitio, donde lo habían recluso, su cabalgadura dispuesta y ensillada. No cayó en esta singularidad, y montando tomó la dirección del territorio cristiano con propósito en la volutad y juramento en los labios, de volver allí para plantar la cruz en los torreones de Granada y tomar de Isabel una terrible venganza.

## CAPÍTULO IX.

Zoraya comenzó por prometer tan solo coloquios de amor, y Hacem por aceptar coloquios de amor tan solo. Todos estos coloquios llegaron, por fin, á unir aquellos seres indisolublemente. Enardecidos por sus propias palabras, cayeron abrazados y se olvidaron en tales abrazos de toda otra cosa que no fuera su mutua felicidad. Hacem, después de sometida la rebelión, volvió á desaparecer del mundo. Seis lunas enteras pasó allá en el palacio encantado, sin penetrar en las torres de la Alhambra; sin ver á la sultana Aixá; sin oír la voz de los fauques; sin leer las suras del Korán; sin consultar al cadí sobre los pleitos y sentencias; sin saber del vizir las cosas referentes al gobierno del reino. Todo el mundo extrañaba su ausencia. Unos decían que los cristianos le habían cautivado en atrevida correría; otros que las peris lo habían atraído á sus cavernas y hechizándolo con irremediables hechizos. Éste le creía